

ENRIQUE ÁLVAREZ, *Garabandal, la risa de la Virgen*, Santander, Ediciones Tantín, 2010, 298 págs.

La última novela del escritor leonés Enrique Álvarez puede sorprender al lector por muchos motivos y es, por algunos de los que voy a exponer en las páginas siguientes, digna de lectura y reconocimiento crítico.

Junto con el interés del suceso sobre el que el narrador vertebró su relato, las apariciones de la Virgen a unas niñas en la aldea cántabra de San Sebastián de Garabandal entre 1961 y 1965, apariciones que dieron origen a una gran controversia social y teológica y a las que la prensa del momento dedicó una gran atención, la novela resulta una creación literaria digna de lectura por ser una recreación de una vida, o mejor dicho, una recreación de fragmentos de vida, que al pasar a la palabra escrita cobran una significación que va más allá de lo que en sí mismos son para convertirse en representación de muchas más vidas, de muchas más historias, pues lo que el texto escrito cuenta se puede aplicar a una multitud de experiencias que tienen lazos y vivencias en común.

Por ello, en muchos casos, para conocer, para saber lo que fue un momento determinado, un episodio histórico, para captar lo que representó en su momento la novela es un instrumento privilegiado y Enrique Álvarez, en *Garabandal, la risa de la Virgen*, lleva a cabo una de estas recreaciones de un momento histórico por medio de la novela, con el fin de presentarnos un episodio problemático. Problemático porque lo que representaron los sucesos de San Sebastián de Garabandal es aún objeto de controversia y de discusión entre los creyentes. Problemático porque en cierto modo San Sebastián de Garabandal ha sido siempre una suerte de realidad paralela que ha suscitado en Cantabria intensas tempestades de silencio, tanto oficial como privado.

Se trataba pues de un empeño comprometido, de una aventura literaria con bastantes posibilidades de acabar en extravío para un autor novel o sin preparación. Pero Enrique Álvarez es un narrador con una sólida carrera literaria en el cuento y en la novela, y con una experiencia y sabiduría que se echa de ver en las casi trescientas páginas de la novela que nos ofrece Ediciones Tantín.

Quizá por ser un fenómeno abierto a muchas interpretaciones, discutido con intensidad y apasionamiento, contado desde muy diferentes puntos de vista, Enrique Álvarez ha querido armar su

novela desde el perspectivismo, desde un perspectivismo múltiple y abigarrado, en el que una serie de personajes se entrecruzan, cada uno con sus amores, sus historias, sus afanes y sus necesidades. El novelista no hace causa común con ninguno, sino que va contando desde detrás de los ojos de esa serie de caracteres, cambiando de unos a otros, construyendo, de esta manera unas escenas que van dando paso, una tras de otra, a ese núcleo de la historia que el novelista ha querido reflejar sin narrarla directamente.

La inmersión del lector en la historia que proporciona el inicio del relato *in media res* es otro detalle interesante, al que tenemos que sumar la recreación del ambiente de la época: escuchamos música de fondo de los 60 entre sus páginas, vemos escenarios de la ciudad de Santander y asistimos a la presentación de las costumbres de la sociedad burguesa de esta pequeña ciudad de provincias, pero las escenas narradas, afortunadamente, dejan muchos huecos y el lector tiene que rellenarlos, interpretar silencios, adivinar desenlaces, entender motivaciones... Enrique Álvarez propone una lectura creativa, busca la colaboración del lector y obliga a la participación.

De esta manera, el lector acaba comprendiendo que el libro no es en realidad una novela sobre Garabandal, sino sobre las emociones humanas ante lo inexplicable. Los personajes que Enrique Álvarez hace desfilar ante nosotros están afectados, lo quieran o no, por las apariciones de la aldea y lo que alrededor de ellas se originó. Afectación que va desde la veneración al rechazo, desde la indiferencia a la ignorancia y todos y cada uno de ellos van a ver sacudida su existencia por lo que en San Sebastián estaba ocurriendo al tiempo que ellos pasaban por la vida.

El novelista no aborda el *fenómeno* Garabandal en el sentido de que no hace una crónica de los sucesos de esos años. Pero sí que nos descubre lo que fue Garabandal, porque nos hace vivirlo a través de la serie de personajes que desfilan ante nosotros. Sus reacciones, sus experiencias, son las reacciones y experiencias de toda una sociedad, la santanderina, que se vio afectada, lo quisiera o no, por los sucesos de esa época.

Esta sociedad santanderina queda fielmente reflejada porque Álvarez ha injertado con suma maestría una multitud de elementos reales que los ciudadanos de Santander que se asomen a estas páginas reconocerán al momento: calles, cafeterías, comercios, playas, actividades, ambientes. Y para aumentar el realismo, los personajes de Álvarez se mueven, hablan y se relacionan con una serie de personajes

históricos, reales, que forman parte de la historia de esos años y que conocieron y vivieron los efectos de las noticias de Garabandal. Personajes reales y ficticios se mezclan, creando de esta manera, ante los ojos del lector, esa ilusión de realidad que debe estar presente en la lectura de una novela para provocar la satisfacción del lector. Este tipo de estrategias narrativas emparentan el relato con la mejor tradición novelesca decimonónica.

Álvarez ha optado por adelgazar la voz del narrador, que casi desaparece. Las más de las veces esa voz narrativa es reflejo de los pensamientos del personaje que es el centro de la secuencia, y aún así el diálogo, vivo y auténtico, domina en las secuencias de la novela. Los personajes hablan y la historia se va desarrollando y así el autor va colocando, en un desorden muy elaborado, las distintas piezas del rompecabezas narrativo. De esta manera se construye una historia, o mejor muchas historias en las que el amor es protagonista: amor humano y divino, amor sabio y engañado, amor feliz y fracasado, amor generoso y egoísta, amor bendito y maldito.

No espere el lector por tanto encontrar respuestas en esta novela; tampoco augure explicaciones religiosas o soluciones a los conflictos planteados; pese al catolicismo de su autor, lo que escribe no es un tratado teológico, sino un artefacto narrativo, y entiéndase la palabra artefacto en su sentido etimológico, ARTE FACTUM, ‘hecho con arte’. Arte narrativo que este escritor había prodigado en las páginas de sus libros de relatos –entre los que quiero destacar por su calidad *El trino del diablo* (2006)– y en sus novelas anteriores.

RAQUEL GUTIÉRREZ SEBASTIÁN
Universidad de Cantabria